

Los múltiples significados de la finitud humana

María Georgina Quintero Sánchez

Ateneo Nacional de la Juventud, A.C., Difusión de la Cultura y las Humanidades

RESUMEN

La muerte es un hecho natural y universal, para el cual los seres humanos han creado diversas explicaciones. La vida es posible por la evolución de las especies, y en la naturaleza se repite todo el tiempo: para que haya vida, necesita haber muerte. En el último siglo, el progreso en la ciencia ha generado una mayor esperanza de vida, aunque la pócima mágica de la inmortalidad aún es un sueño. En este mundo globalizado, lleno de guerras, violencia y calentamiento global, es urgente enfocarse en problemas como la pobreza y la desigualdad, a modo de incrementar las oportunidades para una vida mejor en el planeta, lo cual asimismo constituye una manera estupenda de comprender el fenómeno de la muerte.

Palabras clave: guerra, vida, violencia, muerte, inmortalidad, políticas, ciencia.

ABSTRACT

Death is a natural and universal fact, for which human beings have created diverse explanations. Life is possible as a result of the evolution of species and in nature it is repeated all the time: death is a necessity for life. In the past century, progress in science has generated greater life expectancy, although the magic elixir of immortality is still only an elusive dream. In this globalized world, full of warfare, violence, and global warming, it is urgent to focus on problems such as poverty and inequality, in order to increase the opportunities for a better life on the planet, which is also an excellent way to understand the phenomenon of death.

Keywords: warfare, life, violence, death, immortality, politics, science.

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos esta muerte que nos acompaña desde el alba de la noche, insomne, sorda, como un viejo remordimiento o un absurdo defecto.

CESARE PAVESE

Introducción: la biología y la muerte

Las condiciones para el surgimiento de la vida humana en la Tierra provienen de un complejo proceso que tardó millones de años en gestarse (Coppens, 1997: 1-175). Según la biología (Blanck-Cerejido, 2011: 20-41), para que haya evolución se requiere un notable proceso de adaptación y selección natural. Ninguna especie es inmutable a los cambios medioambientales. Charles Darwin tenía razón al enunciar que las especies evolucionan por los cambios que les impone el medio. Una característica de esto viene con la muerte. Los organismos antiguos son reemplazados por nuevos. El horizonte de la existencia está asegurado por la finitud. Nietzsche lo enunciaba ya: “Si hay vida, hay muerte”. No es lo mismo hablar del *Australopithecus* de una era primitiva que del *Homo sapiens* del siglo XXI, rodeado por un *boom* tecnológico. La esperanza de vida tampoco es la misma que hace 200 años. Pese a que el hombre posmoderno vive más años, no puede evitar que la fenomenología de la existencia se encuentre atravesada por circunstancias que pueden acortarla y hacerla más difícil. Hay mucha incompreensión y misterio acerca de lo que representa la muerte.

La cultura y la concepción sobre la muerte alrededor del mundo

Se ha anclado una pluralidad de significados en cuanto al significado de ser mortal. La diversidad de “políticas” de la muerte en el mundo marca la relación del ser humano con la finitud. Las costumbres y tradiciones del Día de Muertos tienen diferentes significados según donde se lleven a cabo. México es un país con un gran fervor a esa fecha, con una burla hacia lo que se considera sagrado, pues se elaboran calaveras literarias que hacen referencia a momentos chuscos de vivos y muertos. En Tana Toraja, Indonesia –de cuyos rituales mortuorios habla la antropóloga Kelly Swakey–, se encuentra una de las tradiciones más extrañas en torno a la muerte. Algunos antropólogos sugieren que muchos occidentales podrían pensar que los habitantes de tal región perdieron la cordura o que son bastante extraños. Allí, alguien que muere no es enterrado de inmediato, y pueden transcurrir años antes de que sea digno de una sepultura. Mediante un proceso especial el cadáver puede conservarse en óptimas condiciones para que siga siendo admirado y continúe tratado, simbólicamente, como alguien vivo. En

ese pueblo se gastan grandes cantidades de dinero en celebrar la muerte.¹ Esta celebración es mucho más importante que bodas u otros festejos. Las familias adquieren deudas por esmerarse demasiado en preparar el festejo cuando alguien fallece.

Existe un control que se ejerce respecto a la vida y la muerte. Es parte de la vida cotidiana escuchar estadísticas sobre los índices de natalidad y de mortalidad. No siempre hubo una contabilización de los nacimientos y defunciones. El aumento de la población mundial, que se comenzó a acelerar en el siglo XIX, posibilitó el establecimiento de un control en la dinámica de los grupos humanos. Por eso es normal que se mencionen el acta de nacimiento y el acta de defunción. En el Estado (Mattioli, 2013: 23) hay organismos especializados en contabilizar las estadísticas de la vida y la muerte. El manejo de estos datos estadísticos e informáticos permite pronosticar en qué países se vive más años. A pesar del aumento en la esperanza de vida, producto de los avances en la medicina y la erradicación de enfermedades, los indicadores que están presentes en el primer mundo y en el tercero no son los mismos. Resulta desgarrador que miles de personas continúen muriendo literalmente de hambre en países en vías de desarrollo. En Nigeria, por ejemplo, el promedio de vida es de 52 años.

Por su parte, los números y datos muestran que hay Estados donde se ejecuta a aquellos que perturban el orden social o no siguen las reglas; la pena de muerte se aplica en Estados Unidos, y no siempre los padres eligen con libertad a los hijos que desean tener, como en China, donde a las mujeres se les obliga a abortar debido a la estricta política de natalidad. En palabras de Yenna Wu (2008: 124-125): “El éxito de la implementación de un solo hijo varía mucho de región en región”.

La guerra y la muerte

Las estadísticas exhiben que hay países más bélicos que otros. La producción de armamento nuclear a gran escala, la invención de nuevos dispositivos para destruir y dar muerte: en suma, la guerra (Tamayo, 2012: 1-15) ha producido innumerables decesos a lo largo de la historia. Por distintas razones ideológicas e intereses se han desatado conflictos. Hubo un tiempo en que la tortura y la exterminación ocurrían de manera

¹ Morir ha devenido negocio con alcances estratosféricos. Hay una apuesta para que las cenizas de los difuntos se lancen al espacio exterior: un servicio de costo elevado al que no cualquiera accedería. Por otro lado hay una apuesta mucho más barata y ecológica de una suerte de tumba revolucionaria, donde es posible convertirse en un árbol a largo plazo y contribuir a la reforestación. Es una pena que haya sobrepoblación en los panteones, sobre todo en las grandes urbes, donde literalmente ya no caben más almas.

brutal contra aquellos que no quisieran formar parte del catolicismo (Ruiz, 2012: 20-85). Giordano Bruno, personaje famoso por sus meditaciones filosóficas, fue tachado de hereje y condenado a la hoguera. Aunque no se viva ya en la Edad Media, sigue habiendo cierto fanatismo religioso para cometer crímenes en nombre de una deidad.

El fanatismo no sólo está presente en alguna religión específica, pues hay ideologías que matan: ideas que se implantan en el imaginario colectivo, sin importar si son nocivas, y cuyos significados reales son la encarnación de la destrucción y la miseria. En las campañas mediáticas lanzadas para justificar una invasión contra una nación considerada peligrosa por “hacer maniobras que alteran la paz mundial”, a las tropas invasoras se les adjudica un heroísmo sin igual: la estabilidad y la democracia serán instauradas en la nación invadida. De acuerdo con Leticia Flores Farfán (2008: 65): “Para el hombre en guerra la muerte no sólo es una amenaza constante, sino la condición ineludible para que la acción guerrera merezca el apelativo de ‘heroica’. No hay héroe, sino un monstruo temible que combatir y vencer [...]”.

La invención de artefactos bélicos es increíble. Existen aviones no tripulados o drones capaces de exterminar al enemigo con mayor velocidad y rapidez. Se ha desatado una polémica sobre el uso de estos artefactos, que han causado miles de muertes. Jesús A. Núñez (2013: 33) señala que “[...] los drones de Estados Unidos han matado a 4700 personas en los últimos años”. Michael Moore, uno de los mejores realizadores de películas críticas sobre la realidad, denuncia en el documental *Masacre en Columbine* los excesos en que se ha incurrido por seguir a ciegas las demandas generadas por la industria bélica. Una mayor disponibilidad de armas genera mayor violencia. La saturación de contenido violento en películas, series de televisión y videojuegos resulta en lo que apuntala Susana Bercovich (2006: 44): “Los medios masivos, el cine de Hollywood, la televisión muestran una gran explotación comercial de nuestra fascinación por la violencia, dando así razón a Sade acerca de nuestro irremediable gusto por ella”. La prensa amarillista está inundada de titulares que exhiben material aberrante y explícito.

Entre el espectáculo, la muerte y la publicidad

El “espectáculo” que los medios hacen de la muerte tiene muy diversos efectos. No sólo la violencia que éstos proyectan representa el horror, el escándalo, lo mórbido, ya que hay una violencia simbólica de consecuencias aterradoras. Los espacios que los medios dedican a hablar de la moda suelen tener la apariencia de “inocentes”, si bien es un adoctrinamiento que estandariza los comportamientos que todo mundo debería seguir.

Una cultura individualista se forma mediáticamente. Mientras que miles de humanos se encuentran en la miseria y mueren de hambre, otros dejan de comer para adelgazar y obtener la mejor imagen. Varios son los desenlaces fatales de una terrible enfermedad como la anorexia. Véase las palabras del filósofo italiano Umberto Eco (2007: 418): “Los medios proponen de nuevo [...] la gracia anoréxica de las últimas modelos”. El miedo a la vejez, al desgaste propio de la vida, queda patente en la pantalla chica. Es patético escuchar que hay productos que rejuvenecen más de 10 años. Existe un pánico a envejecer y se alaba en demasía aquello que promete las mieles de la juventud.

La ciencia, los infinitos deseos del ser humano y el deseo de inmortalidad

Por otro lado, en los medios de comunicación se difunden los avances de la ciencia en productos antienvjecimiento. Sin duda es también un espacio divulgativo para la ciencia. Una dosis informativa de los últimos descubrimientos que retrasan el envejecimiento no le hacen mal a nadie. Hay que mostrar agradecimiento con la ciencia y la tecnología por todo lo bueno que han hecho por la humanidad, pero no hay que doblegarse ni cegarse ante sus encantos. Ha habido experimentos científicos en que se ha torturado a personas y animales. La implementación de tecnología en grandes empresas no siempre ha hecho la vida más fácil a los obreros: jornadas laborales que llegan a más de 14 horas en lugares insalubres y precarios. En palabras de Alberto Constante (2006: 121): “El poder sobre la realidad ha convertido a la moderna tecnociencia en una caja de Pandora con posibilidades inéditas de destrucción humana [...] Esa amenaza hace necesario y deseable un control ético y funda el nacimiento [...] de la bioética”.

Algunas fuentes científicas aseguran que pronto estará disponible la cura para la mortalidad humana. Slavoj Žižek tiene razón al mencionar que vivimos en una época de alucinación que conduce a la indiferencia y al hedonismo. Es factible encontrar los viajes turísticos que en algunos años estarán listos para explorar el cosmos; las investigaciones en la inteligencia artificial sobre los robots, que en unas décadas incluso serán máquinas destinadas al sexo; la cura del mal de la mortalidad, que según a algunos científicos dentro de algún tiempo será cosa del pasado.

Siglos y siglos y la humanidad no ha logrado erradicar problemas que se podrían habrían esfumado de un plumazo en la actualidad: los terribles grados de pobreza en la periferia, los conflictos violentos que arrebatan vidas inocentes, un deterioro medioambiental tan acelerado que da como saldo un planeta donde cada día se pierden cientos de hectáreas verdes por el asentamiento de compañías petroleras.

Los deseos del ser humano son infinitos. De acuerdo con Lyotard, se anhela lo que se carece. Por eso es natural que una criatura tan frágil como el hombre, que enferma, padece, muere, se quiera imaginar omnipotente para olvidar lo triste de su condición. Surge entonces una pregunta: ¿qué pasaría si el hombre fuera inmortal² en un planeta con recursos finitos? Sin duda esto conlleva todo un dilema ético de por medio. El ser humano no quiere tener límites ni nada que lo frene para alcanzar sus deseos. Por eso rechaza ser mortal. Como expresan las sabias palabras de Foucault (2012: 129): “Alcanzar la inmortalidad es la máxima aspiración del poder. El hombre sabe que es destructible y corruptible. Se trata de toras que ni siquiera la mente más lógica podría racionalizar”.

Conclusión: las políticas de la muerte y la vida

El posicionamiento del ser humano ante determinados acontecimientos es muy cierto, mientras que en otros raya en lo ridículo y lo fantasioso. Ser mortal es habitar en la Tierra y sentir en carne propia el dolor, el frío, la enfermedad. La incomprensión ante la muerte –el destino final– ha provocado una serie de narrativas al respecto. La construcción de diferentes interpretaciones para intentar comprender un poco este fenómeno –lo incomprensible, la nada, lo que causa temor y misterio– da como resultado el establecimiento de “significados” que van configurando la vida. Las políticas de la muerte fijan el control sobre la vida, al sumergirse en la ciencia, en la cultura, en el poder del Estado y los medios de comunicación.

Sócrates decía que lo difícil no es escapar de la muerte, sino llevar una existencia que permita vivirse en la virtud. Sin duda tenía razón, porque hoy existe una enorme

² La búsqueda de la inmortalidad no sólo se ha quedado en el plano de las culturas antiguas, pues en la Edad Media los alquimistas intentaron obtener, mediante combinaciones químicas, un elixir de la juventud, fórmula mágica que supuestamente evitaría envejecer. En el siglo XVIII Luigi Galvani, un connotado científico italiano, realizó un experimento con una rana: le aplicó cargas eléctricas en las patas, lo cual dio como resultado que esas terminaciones nerviosas se movieran momentáneamente. Enseguida varios estudiosos realizaron el experimento con cadáveres humanos, con la creencia de que volverían a la vida. Estas pesquisas, que asombraron a varios científicos, generaron la creencia de que sería posible revivir cadáveres de animales y personas al aplicarles corriente eléctrica, pero a la postre les permitieron darse cuenta de que una de las propiedades de la energía eléctrica es su capacidad para estimular y otorgar movilidad a terminaciones nerviosas de organismos muertos. Tal imaginario colectivo sirvió de inspiración para que la escritora inglesa Mary Shelley se inspirara para escribir *Frankenstein o el moderno Prometeo*, famosa obra de la literatura universal acerca de un monstruo que cobra vida con base en ese método.

deshumanización y crisis en la sociedad. Pensar la muerte debe llevar a las oportunidades vitales del aquí y el ahora. Las religiones hablan de premios o castigos en recompensa o maldición al comportamiento llevado por el ser humano en vida. No obstante, más allá de pensar en una existencia ultraterrena, debemos volver la mirada hacia lo que pasa en el entorno de los mortales. Emprender acciones, como diría Hanna Arendt, que lleven a solidificar los valores hacia la vida: es la lucha por construir un medio más tolerante, pacífico, justo, en vez de esperar a que las soluciones caigan del cielo.

Bibliografía

- BERCOVICH, Susana, “Nuevas formas de subjetivación”, en Alberto CONSTANTE y Leticia FLORES FARFÁN (coords.), *Filosofía y psicoanálisis*, México, UNAM, 2006, pp. 39-47.
- BLANCK-CEREJIDO, Fanny y Marcelino CEREJIDO, “Confusiones y conflictos que surgen en el desarrollo de la ciencia”, en *La vida, el tiempo y la muerte*, México, FCE, 2011, pp. 20-41.
- CONSTANTE, Alberto, “Sólo el arte nos salva de la verdad”, en *Los monstruos de la razón, tiempo de saberes fragmentados*, México, FFyL-UNAM/ITESM, 2006.
- COPPENS, Yves y Reeves HUBER, *La historia más bella del mundo*, Santiago, Andrés Bello, 1997.
- DANNHAUSER, Werner J., “Friedrich Nietzsche”, en Joseph CROUSEY y Leo STRAUSS (comps.), *Historia de la filosofía política*, México, FCE, 2006.
- ECO, Humberto, “La historia de la belleza del consumo”, en *Historia de la belleza*, Barcelona, Lumen, 2007.
- FOUCAULT, Michel, “Foucault y la entrevista con Jerry Bauer, 1978”, en *El poder, una bestia magnífica: sobre el poder, la prisión y la vida*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, pp. 125-137.
- FLORES FARFÁN, Leticia, “Los muertos gloriosos”, en Alberto CONSTANTE y Leticia Flores Farfán (coords.), *Miradas sobre la muerte. Aproximaciones desde la literatura, la filosofía y el psicoanálisis*, México, UNAM/Ítaca, 2008, pp. 61-77.
- LENORE, Víctor, “Slavoj Žižek: El filósofo de la anarquía”, en *El País*, 1 de abril de 2011, en línea [http://elpais.com/diario/2011/04/01/tentaciones/1301682172_850215.html].
- MATTIOLI GUTIÉRREZ, Rita Guidarelli, “En torno al concepto arendtiano de vida”, en *Intersticios. Filosofía, Arte, Religión*, año 1, núm. 38, 2013, pp. 15-25.
- NÚÑEZ VILLAVARDE, Jesús A., “Drones. La guerra que ya está aquí”, en *El País Semanal*, núm. 1902, 2013, pp. 32-37.
- RUIZ MÉNDEZ, Alberto, *Tolerancia. Ensayo sobre una virtud y sus límites*, Madrid, Editorial Académica Española, 2012.
- SWAZEY, Keli, “La vida no termina con la muerte. La charla de la muerte sobre la cultura de Tana Toraja”, en línea [www.ted.com/talks/kelli_swazey_life_that_doesn_t_end_with_death?language=es].
- TAMAYO, Luis, “Ocho razones para detener la guerra”, en *Tamoanchan*, año 1, núm. 1, enero-junio de 2012, pp. 1-15.
- WU, Yenna, “Buscando el sentido en chino al ‘feminismo’. Estudios de las mujeres”, en Silvia MARCOS y Marguerite WALLER (eds.), *Diálogo y diferencia. Retos feministas a la globalización*, México, UNAM, 2008, pp. 99-176.